

CRONICA INTERNACIONAL

VYSHINSKY, O EL STANISLAWSKI DEL PRETORIO ANTE BEVIN, Y UNOS PROCESOS RESONANTES.

Empecemos por recordar al embajador que en el óleo del Bronzino lleva una máscara en la mano. No nos recata su secreto como un castillo militar su foso, sino que lo muestra para que no lo exploren. Hijo de la Venecia que después de la Liga de Cambray se alía con el turco y vende su alma a la usura, se bate con lo que tiene: doblez y no fuerza. La diplomacia es estrategia de ardidés, pero no solamente estrategia. Con ardidés ha militado en la Asamblea de Naciones Unidas de Londres el ex rector de la Universidad de Moscú, Vyshinsky, que es el delegado de la U. R. S. S. en la O. N. U. En el Teatro de Arte, de Moscú, el escenógrafo de más renombre era aquel Stanislawski. Pues a Vyshinsky se le llamaba el Stanislawski del foro porque llevaba mucha escenografía a los procesos.

Actuó como abogado en aquel tan resonante contra el príncipe Utjomski, a quien el crimen por amor condujo al banquillo.

Ciertamente, la castidad vence al amor, como la muerte a la castidad, la gloria a la muerte; el tiempo a la gloria y la Divinidad al tiempo. Ese, al menos, es el círculo de las victorias en los «Trionfi», de Petrarca, a quien no estas alegorías, sino las canciones de amor, salvan del olvido. Lo del crimen fué en el San Petersburgo de los zares, a los sesenta de latitud y con el hielo sobre el Neva, al fondo inevitablemente romántico del golfo de Finlandia. Entonces allí,

pese al invierno que blanqueaba los jardines en los palacios de Czarskoe Selo, de Peterhof o de Oranienbaum, el amor encendía fiestas y suplicios.

Era antes de 1914, y Rusia ponía un resplandor bizantino en el ocaso de sus últimos zares. Hasta 1919 no ingresó Vyshinsky en el partido comunista, y datan de años después los procesos resonantes en que este abogado actuaba como acusador. Nadie nunca como él ha hecho relampaguear y tronar teatralmente la ira. Es el gran escenógrafo de la requisitoria, el Stanislawski del pretorio. Hasta a patriarcas de la revolución, y aun de tres revoluciones, abatía con su verbo como un rayo a las encinas de más edad. Así, en 1936, en el Salón de la Casa de los Sindicatos, antes Club de la Nobleza, tuvo en el banquillo a trece, y entre ellos a Zimovief y a Kamenef, a quienes Lenin mismo confirió el poder, que les legaba, además, en su testamento. No se contentó Vyshinsky con lanzar sobre sus ex camaradas denuestos como venablos e imprecaciones nunca oídas. Quería sepultarlos vivos bajo las cláusulas de la acusación, que eran cruelmente sarcásticas. A sus razones de togado añadía el ultraje irrisorio y el vilipendio. En 1937 los acusados eran veintiuno, y entre ellos oían los apóstrofes del procurador de la U. R. S. S. Pyatakof y Radec.

En 1938, las figuras a las que el fiscal imputaba traiciones eran Rikov, sucesor de Lenin en la Presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo; Yagoda, ex jefe de la G. P. U. ante quien miles de rusos se habían estremecido; Krestiwsky, Rakowsky y aquel Bujarin, doctrinario de la revolución comunista.

Todos ellos, los de 1936, 1937 y 1938, ante las requisitorias de Vyshinsky, montadas para la intimidación con histriónismo fulgurante, reconocieron su culpa. Se habló hasta de la magia negra del fiscal, como en los días de Nicolás II de la de Resputin. Sus poderes, con efectos teatrales, residían en la cólera. Una digresión sobre esta virtud, que es también un pecado capital, es acaso oportuna.

Nos anunciaba un gobernante hace tiempo: «Si vivo, como espero, cien años, escribiré a los noventa y cinco, antes de dictar mis Memorias, una vida de Sila, con la que suc-

ño desde los veinte. Mi hombre no es Demóstenes, sino Sila, guerrero, estadista y creador de historia. Este es el hombre de la antigüedad que erige la acción como se erige la obra muerta. En su epitafio, una inscripción reza romanamente: «De nadie recibieron los amigos tanto bien ni los enemigos tanto mal.» Sila es el estratega y el dictador; pero, sobre todo, el gran iracundo.»

A la virtud de nuestro tiempo —era hacia 1925— le faltaba el temple de la ira, que es la piedra de toque y de contraste con centelleo de ley. Está en el mito la muerte y la transfiguración de los dioses, como está el trance del héroe que se trueca en genio del aire o en astro. Nunca se ha vaticinado, empero, que el linaje de los iracundos vaya a extinguirse o a aceptar vida exangüe y sin latido. La ira, entre los antiguos, es el acento de la austeridad y el signo de elección que preserva a la prez de la hez. El arrebato es de abolengo olímpico, y los capitanes de la antigüedad reciben, como el don de los dones, el de la furia. De las resacas de la ira de Aquiles, el mejor de los aqueos, nace *La Ilíada*.

En las genealogías de los combatientes, los primeros reyes de armas, heraldos y farautes, como los últimos, buscan siempre un gran colérico. Aquiles es bisnieto de Júpiter por su misma madre, Tetis, nereida, y se viste del furor de los mares, o sea de espuma. Los latinos traducen del griego de Homero, para caracterizar la caballería, los cuatro dictados «aquilinos» (impiger, iracundus, inexorabilis, acer). En los hombres de Plutarco, el discernimiento, el relámpago en la mente, coexiste con otra cualidad fulmínea: la furia. La *sophrosine*, la templanza griega, es para filósofos, no para políticos ni para capitanes, y en cuanto a la «ataraxia» es la corona de nieve de la senectud. Un gran maestro de armas que adiestró a muchas generaciones de esgrimistas enseñaba que para batirse bien hay que encolerizarse. «En cuanto a mí —decía— he comprobado en mis duelos, que han sido muchos, que ir al terreno sin indignarse es ir a ser tocado.» La cólera, bien concentrada y a punto, ilumina el verbo del orador político. La caballerosidad es, no pocas veces, la ira del bien, refrenada elegantemente. Los caballeros españoles, en todo caso, hiliolos y con el mal de los pantanos, son siem-

pre irascibles. El quijotismo (¡cuánta realeza en cada discurso, cuánta realeza en cada lanzada!) es ira del bien, pues que es la furia la brisa evangélica hecha vendaval contra el desafuero. Restituyamos a la ira —¡oh, amigos y enemigos!— su dignidad originaria. La ira no solamente da su llama celeste, como el mundo grecolatino enseñó, a la virtud, sino a la inteligencia, que si ha jugado mucho ha combatido más. Que el gran linaje de los iracundos no agonice jamás... Nada hay como el ímpetu, no siendo la fuerza, que por algo y para algo es un don del Espíritu Santo, no menos codiciable que el de la sabiduría, que descende sobre nosotros en pentecostés de fuego. Al aria de la fuerza del teniente de coraceros prusiano Federico, barón de la Motte Fouqué, el de la trilogía de los Nibelungos, «El héroe del Norte», han precedido otras mil en todas las literaturas del globo. Palas Atenea, que encarna el saber, no ha renunciado nunca a la lanza ni al escudo en su integridad resistente. La advocación de la sabiduría y la advocación de la fuerza se han fundido y confundido muchas veces.

Pero la cólera que recordamos es la grecolatina, y no esa de Oriente, montada escenográficamente por Vyshinsky, a quien Bevin, en la Asamblea de Naciones Unidas, de Londres, le desbarató el retablo. La era teatral de los procesos no le ha servido al procurador de la U. R. S. S., que es uno de los redactores del Código Penal soviético.

Otros artificios de Rusia se irán desmontando por Europa, que es maestra en el arte de dar tiempo al tiempo. De ella es el mañana, como de ella es el ayer, con sus lecciones clásicas.

El tiempo y la Europa de Occidente contra otros dos, y aun contra tres, y contra mucho más.

PERÓN Y LA "REAL CANA", EL "PORQUE SÍ"
Y EL "A ROMA POR TODO"

No; los aforismos no son monedas de oro en que va acuñada nuestra efigie. Son, menos aun, la medalla en bronce que conmemora nuestro jubileo en las letras. Lo que el clásico redac-

ta con la diafanidad posible es su odisea y el discurso de las pasiones. Aquello de que el clasicismo es modestia nos ha agradado siempre. Acierta sí el que contrae su pensamiento y logra abreviarlo. Nos debemos nosotros a un periodismo que si refleja las mil fisonomías del mundo, nos trae de la actualidad un resumen, aunque también sobriamente un dictamen.

Es lícita, desde luego, la aspiración que nos turba en algún momento de condensar quinientas páginas en cien, y luego las cien en veinte, y las veinte en cuatro, y las cuatro en una que el tiempo no quiera borrar. Son no pocas las que en los libros de Sarmiento valen por cuatro, por veinte, por cien y por las quinientas que intentamos concentrar nosotros.

Gana Sarmiento después de su muerte no menos batallas que cuando vivía para desvivirse. Como militar llegó al generalato y supo ser uno de los fundadores del ejército actual en su patria. Fué gobernador de San Juan y representante de la Argentina en los Estados Unidos.

Quizá los diarios de Buenos Aires lo recuerden ahora con intención polémica. Fué Sarmiento presidente de la República seis años memorables, y después de serlo tornó al periodismo, al que se sentía siempre ligado. Era de la casta dos veces egregia de los fundadores y los animadores, y para él no había ventura como la de crear y transfundir aliento a su obra para que durase. Le debe la Argentina instituciones docentes, y otras de tanto vuelo como la Escuela Militar y la Escuela Naval. Sus trabajos de escritor, reunidos oficialmente con el título de "Obras" llenan cincuenta y dos volúmenes... Con ellos y con sus acciones acude Sarmiento al juicio final de la Historia, del que sale reconfortado. Allá en Palermo fuimos a ver su estatua, en cuyo pedestal simboliza Augusto Rodin el genio del héroe en la figura de un Apolo que separa sombras con sus brazos. En el "Discurso a la bandera", uno de los mejores de cuantos pronunció, está latiendo fuertemente la gratitud a España.

En Sarmiento, este culto a los antepasados no declina, aunque discrepa de ellos en un orden político. Nuestro culto por Sarmiento no mengua tampoco cuando disintimos, hasta acerbamente, de alguna de sus meditaciones. Invocaba las leyes de la sangre al citar a los Mendoza, a los Garay y a los Irala.

El idioma es la segunda sangre de la casta, y nos configura tanto como la primera y tanto como el terruño y los servicios en común a la historia universal de España. Una de las páginas de Sarmiento que nunca se olvidan es aquella de su "Conflicto de las razas" sobre la edad del caballo. "Feliz —escribe—, feliz el día en que desembarcó el primer caballo en América." Y más adelante, y en esa prosa cuyo metal es de gran temple: "El jinete a campo raso, donde no hay cerros que lo dividan ni montañas que lo estrechen, cuando el campo es la pampa o la llanura sin límites, se siente libre en sus acciones y daría rienda suelta a su pensamiento como a su caballo si alguien u otros en iguales condiciones, e igualmente a caballo, tratasen de sustraerse a las penosas sujeciones del patrón, de la mita, de la encomienda o del repartimiento. Como hay —piensa el gran argentino— una edad de piedra y una edad de bronce podría haber una edad del caballo. En América —según el autor del "Facundo"— el caballo le suprime al indígena dos siglos de servidumbre." La memoria retiene estas frases del político, que al ser polémicas se dejan caldear por la hipérbole, que en este caso es la del gran amor.

La medida no es ni será, porque nunca ha sido, virtud del enamorado. En los libros de Sarmiento, la pasión no renuncia a mostrarse como sea y contra quien sea. Perón, a cuya contienda electoral con Tamborini asistimos, es hombre sobre caballo de mucha raza, al que rige más a la jineta que a la brida. Como Sarmiento le diría, "el hombre que monta, cuando el cuerpo pide pelea, se desliza del suelo, aspira aire puro y puede mirar de arriba a abajo". Han sabido montar en la pelea los presidentes de la Argentina, y Perón está en la línea de un Mitre, un Sarmiento, un Avellaneda, un Rivadavia, un Sáenz Peña. Tres lemas españoles, que son divisas heráldicas de todos y cada uno, se sea rey o hijo voluntarioso de la nada, el del "porque sí", el de "la real gana" y de "a Roma por todo", rigen también en la Argentina como en los pueblos del otro lado del mar, a los que él habla, que allí y aquí es la segunda sangre, reconfigura.

El "porque sí", la "real gana" y el "a Roma por todo" conocen en las praderas como en los ranchos y las pulperías; entre los gauchos que han nacido ginetes, una versión pam-

peana: "nadie es más que nadie". Lo repetía Martín Fierro y con él la gente a caballo sobre la pampa. De la obra maestra, como del mar, se levantan cien voces y mil ecos, en los que la imaginación, que es la luz de las cosas, se recomplace. El hombre pasa como la obra queda, pero el hombre deja tras de sí surco o estela, cuando no lo uno y lo otro. Deja el americano al pasar un tintineo de espuelas, sin el que vivir lo es difícil. De plata, y por cierto enormes, son las de Martín Fierro, como las de los grandes jinetes de la pampa.

Ciertamente, y como ya se ha dicho, el llanero de Venezuela se parece al gaucho de la Argentina. La pradera que se derrama desde el pie de los Andes hasta las orillas del Orinoco es casi igual que la pradera que va de los Andes al río de la Plata, aunque una está en la zona tórrida y la otra en la región templada. Es América un continente de hombres a caballo, para quienes galopar importa más que vivir. Las reflexiones de Sarmiento sobre el particular han suscitado otras muchas.

A las páginas del gran argentino en el "Facundo" sobre el rastreador, el baqueano y el gaucho malo, ¿cuántas no han seguido también?

La lectura de Sarmiento en la juventud es la invitación al viaje, como también al diálogo polémico.

En las cuatro estaciones de la vida, después, veremos hasta dónde este debate nos ha enriquecido. Gran polemista es Sarmiento, pero además, y antes de polemista, es un pensador y un fundador político. Le debe su país cientos de escuelas, ferrocarriles, barcos, factorías e instituciones estatales. "Quiero que todos —escribió— participen del festín de la vida que yo gocé sólo a hurtadillas." Son muchos, advierte Alvarez Yunque, son muchos los que escriben contra Rosas, muchos sí: Alberdi, López, Mitre, Frías, Echagüe, Tejedor y Casacuberta.

Contra Rosas, y entre invectivas llameantes, escribe Sarmiento, pero después hace lo demás. "Es, como Yunque afirma, un hondero tan vigoroso que sus piedras pasan zumbando por sobre las cordilleras de los Andes y retumban con tal fuerza al caer en la capital del Atlántico, que Rosas envía al hábil doctor Baldomero García, en misión especial ante el gobierno de Chile." En esta nación vive expatriado Sarmiento,

y es ella la que le envía a Europa a que estudie sistemas educativos. A tal reclamación, tal respuesta. La victoria de Perón en las elecciones presidenciales nos reaviva en la memoria páginas de Sarmiento que condensan libros.

Argentina de ayer, de mañana y de siempre. Cuatro versos de Lugones en la mejor de sus "Odas seculares", la de su centenario, son nuestro saludo:

*Prolongando en justicia tu honra de antes
cimentu así tus seculares torres,
y sea tu aderezo de diamantes
el tesoro de lágrimas que ahorres.*

LOS SABOYAS Y EL REFERÉNDUM DECISIVO

Leamos juntos la carta del lugarteniente del Reino de Italia, príncipe Humberto, al jefe del Gobierno, De Gasperi. Ha sido escrita con ocasión del decreto sobre la Ley Electoral y del otro, más resonante, sobre el referéndum. Se trata, en el primero, de elegir en las urnas las Constituyentes; se somete, en el segundo, la dinastía italiana a la decisión de los votantes. A ellos, pues, se liga desde hoy el mañana de los Saboyas, a la vez que el mañana del régimen.

Como el don de vaticinio no nos asiste, y el don de clarividencia tampoco, cludiremos todo presagio. La Prensa italiana, por otra parte, nos llega intermitentemente, y los datos que nos transmite son inciertos, tanto como las conjeturas. Esperemos, pues, y digamos como el mejor de nuestros poetas: «Todo el que espera sabe — que la victoria es suya.» El plebiscito que ha de confirmar o ha de abolir la Monarquía en Italia está convocado. Abolir es término más clemente que derrocar, como suspender es más benigno que abolir.

¡Bah! El rigor de los hechos no se deja mitigar aunque el idioma doctamente los gradúe. Uncidas al mismo yugo nos sirven juntas la voz de hierro y la voz de seda. Pero en este caso, además, quien menos atenúa es el príncipe mismo. Con-

Consideremos en la carta la declaración que sigue sobre el plebiscito: «Con este acto me siento continuador de las tradiciones gloriosas del «Resurgimiento»: cuando la Monarquía selló la unidad de la Patria, y los plebiscitos eran expresión de la voluntad popular. Esta obediencia a la voluntad popular dictó la decisión de mi augusto padre de retirarse definitivamente de la vida pública, y como él mismo afirmó, de proteger la unidad nacional. Idéntico pensamiento me dictaba a mí la aprobación del decreto de 24 de junio de 1944, que le consiente al pueblo italiano elegir a su arbitrio la Constitución. El decreto de hoy corona consiguientemente una tradición en la que descansa el pacto entre la institución real y el pueblo; pacto que, de ser confirmado, levantará a una Monarquía renovada, con la plena conciencia del gobierno propio del pueblo y de la justicia social.»

Humberto de Saboya, antes de reconferirse el mando, aspira a la aquiescencia de los suyos. No es que renuncie a los prejuicios de casta, que son bienes del ánimo. Está al servicio de su época, y el abolengo real no lo impide. De Monarquía renovada ha hablado, y él antes que ella se ha renovado en las raíces últimas de su ser. La fidelidad a su sangre no le resta fidelidad a las masas, en cuyo consenso confía. En la Italia de los haces victorios se repitió la frase del Alighieri, que está en el libro *De Monarchia*. ¿Quién, allí y aquí, no la rememora alguna vez y la trasfunde a su habla viva? ¡Cuán palpitante es aún el habla del gran toscano, en quien habita el verbo y muere la letra! Lengua es la del Dante, que siendo de aula regia y de curia es de tuétano popular. Pero oíd la frase: «El Imperio encarna en el pueblo romano, no tan sólo por la alcurnia troyana, sino, más todavía, por su voluntad.» Y luego: «Roma venció porque Dios estaba con ella.» A esta aserción no le faltaban adeptos durante siglos. Jacobo I de Inglaterra pide a sus teólogos que reivindicquen para la Corona lo temporal y lo espiritual. Es un español, por cierto —Suárez—, el que impugna en su *Defensio fidei* esa tendencia, con la que el saber gibelino hace redadas de corazones.

Entonces, y ¿cuándo no?, las naciones maduras para el Imperio se atribuyen condición divina. El príncipe de Pia-

monte, en su carta a De Gasperi, acepta el ultimátum de los tiempos, y pues el paso atrás ya no es posible, ¡a lo hecho, pecho!

Si Italia vota en el referéndum por la Monarquía, será no Víctor Manuel III, sino Humberto, su hijo, quien la renueve. La senectud de Víctor Manuel es una cumbre con nieve en el paisaje de los Saboyas. Setenta y siete años cumplió exactamente el Rey el día de San Martín. Otros sobranos de Europa son más viejos que él. No Haakon VII de Noruega, que cumplirá en agosto los setenta y cuatro, como Cristian X de Dinamarca, en septiembre, los setenta y seis, sí Gustavo V de Suecia, a quien en junio le caen los ochenta y ocho. Está en la frente la latitud en que no cuenta la edad. Gustavo V olvida la suya o decreta en cada amanecer la que le conviene. Víctor Manuel, en cambio, ni recata su fatiga ni se duele de que el tiempo haga su obra. Un anarquista segó la vida de su padre Humberto en el instante en que el siglo XX entraba cargado de enigmas... ¿1900? Humberto, rey desde hacía veintidós años, supo batirse en Custoza, al mando de una división del Ejército de Galdini, doce años antes de heredar la corona.

En 1878, en los primeros meses de su reinado, fué herido en Nápoles por el puñal de Passamante. La muerte, antes de llevárselo, le rondó en las batallas y en las conjuraciones. En cuanto a su esposa, Doña Margarita, mata a la muerte en los versos de Carducci:

*¿Cuál es tu origen? ¿Qué nobles épocas
nos dan tan suave, tan bella dádiva?
¿En dónde te vi, Reina, un día
entre cantos de sumos poetas?
¿Fué en arduas rocas cuando tostábase
al sol del Lacio la blonda y áspera
Germania, y las armas lucían
entre lampos de amor en el verso?*

Esta oda a la Reina de Italia levantó borrascas entre los republicanos. Volvía Carducci a la cruz blanca de Saboya,

a la que había cantado en los instantes tórridos de su juventud :

*¡Y a ti volando la estrofa arcaica,
hija del fiero tumulto, indómita,
tres veces tu frente rodea
con el ala que el rayo conoce;
salve, te canta, Princesa altísima,
que coronaron las gracias pródidas
Princesa, por quien tan suave
la piedad gentilmente razona!*

Pero en estos Saboyas de hoy o de ayer actúan los de antaño y los de siempre. Al 1032 remonta la Casa que adquiere el Piamonte; por alianza en 1091. Los Saboyas reinantes son duques de Caputlaecensis (Chablais-Saboya-Francia) y de Augusta Praetoria (Aosta, provincia de Turín) en 1238; Príncipes del Santo Imperio desde 1313; duques de Saboya desde 1417, y contraen derecho a los títulos de reyes de Chipre, de Jerusalén y de Armenia desde 1489. Son condes de Asti desde la primera mitad del siglo XVI, y reyes de Sicilia hacia 1718, como de Cerdeña hacia 1720. Hasta 1861 no ganan prerrogativas de reyes en Italia, y si cinco años después adquieren Venecia, en 1875 incorporan los Estados pontificios. Es en nuestros días, en 1919, cuando suman a sus dominios la Venecia tridentina y la cuenca del Tarvis, como un año después la Venecia Julia y Zara, y en enero del 24, Fiume. El 9 de mayo de 1936 adoptan el título de emperadores de Etiopía, después de la conquista de este país, y aceptan la corona de Albania para sí y para sus descendientes en abril de 1939.

A los reverses de los años últimos no aludamos hoy. Italia es nación eterna y está en sus númenes la continuidad. Dios nuestro Señor, en casos inexplicables en sí, aunque sin ellos no se explique nada; Dios escribe derecho con letras torcidas. Con lo que quita, a veces no menos que con lo que da, forja la grandeza humana.

Esperemos al referéndum; en él se juega la suerte de los Saboyas, y con ella, quizá, la del régimen. No vaticinemos,

aunque sepamos que cien mil auroras que no han nacido aún han de traer al pueblo italiano una renovación de fuerza y de esperanza. Antiguos somos, y lo que fué será. En las naciones ilustres, al morir precede el resucitar.

KATIN, POLONIA Y LA GRANDEZA TRÁGICA EN EL SINO

Releímos días atrás la "Historia de Polonia", de Krakowski. Otras que consultaremos también nos cuentan fastos militares; esta de Krakowski es la biografía intelectual de un pueblo. Como en los castillos, hay en las historias la sala de los trofeos y la biblioteca, que es a la vez sala de armas y panteón de hombres ilustres. En los anales de una nación, las batallas y los tratados importan no menos que las obras del entendimiento.

Discrepa de este parecer Krakowski, y parte de lo que entiendo por valores, en los que se hermanan para nosotros las armas y las letras. "De los retratos de Polonia —inquire—, ¿cuál es el verdadero?" No cuál, sino cuáles es mejor preguntar, porque las naciones se nos revelan no en una, sino en cien fisonomías; no en uno, sino en cien caracteres diversos. Actúan en los países, como en los seres humanos, el enigma de la condición y el enigma del destino.

Propensiones análogas definen a algunos pueblos ante la Historia, que no se deja comunicar en prontuarios, cuando menos en esquemas o en cuadros sinópticos. Venecia, por ejemplo, en cuanto nación que se debe al mar, maneja resortes políticos que Cartago manejó; y la Gran Bretaña, desde sus flotas, emula a Venecia y a la Cartago, que se vierte en los litorales para vender las manufacturas de su metrópoli. En la red de mercados y de pequeños emporios, Cartago se anticipa a las dos soberanas del mar. En las obras del entendimiento no, porque nos deja un solo libro que relata el viaje de los cartagineses por el Africa occidental, y es un Diario de navegación, un Diario de a bordo. ¿El periplo de Hannon? Claro está que el periplo, aunque no sea único, ya que otro a Europa recibe hospitalidad en las "Orae Maritimae" de Avieno, fuente copiosa de noticias sobre Tartessos, en la que Schulten ha bebi-

do más de la cuenta. Hay, sin duda, afinidades y un cierto temple púnico entre Cartago, Venecia y la Gran Bretaña, pero las diferencias son mayores que las afinidades. Ocurre, por lo demás, con los retratos de Polonia lo que con las efigies de uno de sus grandes hijos, con las de Copérnico. ¿Cuál es la auténtica, cuáles de las que conocemos la apócrifa? La preferida es, desde luego, la pintada al óleo en la torre del reloj astronómico de la catedral de Strasburgo. La pintura del reloj es de Tobías Stimmer, pero copiada de otra original procedente de Gdansk.

La inscripción, desde luego tardía, que figura en el retrato confiesa: "Nicolai Copernici vera efigies ex ipsius autographo descripta." O sea que el original era un autorretrato de Copérnico, a quien Gassendi, biógrafo del astrónomo, atribuye aptitud para el arte de la pintura, en el que se ejercitó en sus años de estudiante en Cracovia. A la efígie del reloj sigue, en orden cronológico, el grabado de una obra sobre claros varones de Nicolás Reusner, que se atiene a un modelo de Stimmer. En la iconografía copernicana estos retratos, y otro del editor Sabinus Kauffmann, son los que originan en sus variantes, no todos los demás, pero sí los demás no apócrifos. La Royal Society de Londres exhibe una copia, no de la pintura del reloj astronómico, sino de otra ficticia de la colección de los príncipes de Czastoryski.

Al retrato al óleo de la iglesia de San Juan de Torun se añaden dos estampas, que el centenario ha difundido: la de Falck, hijo por cierto de Dantzic, y la de Schauffen, con otras más. Con esta suma de retratos de Copérnico reconstituimos al sabio, y con la suma de los de Polonia a la nación ilustre cuyo sino es la grandeza trágica. Rehabilita como título de gloria el historiador a quien releemos el título de nación liberal para la nación polaca. Pero el sujeto de la política, ¿sigue siendo el hombre universal, el hombre idéntico a través de los tiempos, por encima de las fronteras?

Quienes asientan con sus sies son liberales. Pero el sujeto de la historia, ¿no será, más bien, el hombre a quien la continuidad histórica de un país modela, de un país que es el suyo y vive para destinos que otros países coartan con su codicia o con sus planes concretos de agresión o de poderío?

Quienes asientan con sus sies son, desde luego, conservadores. No vedan estos últimos, pero tampoco reavivan el recuerdo de que Polonia haya sido Estado más tolerante que los demás de Europa, con la excepción de Holanda. Desde el siglo XII acogió a los judíos, y en el XV a los hussitas, y en el XVI a otras sectas religiosas que fincaban en su suelo. Reblandecer el juicio humanitariamente por eso, es arriesgar demasiado. Allí los edictos contra los disidentes fueron letra muerta porque el alma de la colectividad —Dios nos perdone esta frase— se refleja en las costumbres más que en las leyes. Este gusto casi mórbido por la libertad le ha costado a Polonia reveses, éxodos y horas cruentísimas. Se nos replicará con tropos del acervo romántico que la libertad es un mito y una idea fuerza. Para Sorel, el mito apoyado por la acción acaba por insertarse en los hechos. Más aun conjetura Sorel, y es que es la ruina de un régimen o de un Estado; puede no ser sino una etapa en el camino de la resurrección.

Admitamos que los conceptos de la mente divina —honor, lealtad, sacrificio—, son más poderosos que las fuerzas materiales. Aceptemos, católicos polacos, eso y más; pero temamos, como a la muerte y más, porque el dogma de la resurrección es un presente de júbilo; temamos a la ideología. Polonia, antes que nación de ideólogos, es nación de santos, de héroes, de capitanes, de juristas y de poetas. Más conviene a Polonia la palabra resurrección que la palabra renacimiento, que es luminosa, sin embargo. A la resurrección que Polonia ha conocido y conocerá de nuevo aludía Mickiewick, gran poeta y como tal vaticinador, en sus palabras célebres: “Cristo no resucitó ni a un general, ni a un filósofo, ni a un tendero; resucitó a Lázaro. Y ¿quién es ahora Lázaro entre todos los pueblos de la tierra?”

Polonia resurgirá a grandes destinos cuando, manumitida de Rusia, sea Polonia.

Rusia ha imputado el asesinato de los once mil oficiales polacos en Katyn a los alemanes que comparecen ante el Tribunal Internacional de Nuremberg. Ex senadores y ex diputados del Parlamento de la República polaca responden a Rusia con la relación de algunos hechos irrefutables. Recuerdan que el ejército soviético, al invadir Polonia, atacando por la espal-

da al ejército polaco que combatía contra fuerzas del Reich, violaba el pacto de no agresión y otros vigentes entre Rusia y Polonia; como: I, el tratado de paz, de Riga, de 15 de marzo de 1921; II, el pacto de Kellog; III, el protocolo entre Estonia, Lituania y Polonia —y la Unión Soviética—, firmado el 9 de febrero de 1929, que trata de la abolición de la guerra entre las partes signatarias; IV, el convenio de Londres, que define la agresión, refrendado el 3 de julio de 1933; el convenio de Moscú, de 5 de mayo de 1934, sobre la prórroga de no agresión hasta el día 31 de diciembre de 1945. Dos veces consecutivas reconfirmaron las naciones contratantes estos compromisos: la primera por la nota de 10 de septiembre, y la segunda por una declaración en común de 26 de noviembre de 1938. Pero oigamos a los ex senadores y ex diputados del Parlamento de la República polaca: “Las autoridades soviéticas internaron a los oficiales polacos en varios campos de concentración, de los que los más importantes estaban situados cerca de Starobielski, Kozielski y Ostrazzkow. A principios de 1940 las autoridades soviéticas informaron a los internados que los campos de concentración cesaban, y en consecuencia los prisioneros de guerra podrían volver a sus hogares en Polonia. Valiéndose de este engaño, esas autoridades consiguieron nuevas listas de oficiales. Entre el mes de abril de 1940 y el 16 de mayo del mismo año, los oficiales polacos fueron conducidos, con rumbo que se ignora, en grupos de cincuenta a cien personas. Quedó justamente por entonces interrumpida la correspondencia con sus respectivos familiares. Hasta ese momento se recibían las cartas con regularidad, pero después del 16 de mayo los prisioneros de guerra no dieron más señales de vida y se perdió todo rastro de su paradero. Al ser firmado el convenio polaco-soviético de 30 de julio de 1941, y después el pacto militar de 14 de septiembre del mismo año, y de empezar a organizarse el ejército polaco en territorio ruso, se presentaron solamente 2.300. De ellos, 300 no más habían sido internados en los campos de Starobielski, Kozielski y Ostrazzkow. La ausencia del resto de oficiales deportados con rumbo desconocido sorprendió y produjo gran alarma en los círculos polacos.” El ministro de Asuntos Exteriores en Londres, el embajador de Polonia en Moscú, como también

el jefe del ejército en la Unión Soviética, se dirigieron a las autoridades rusas para inquirir noticias de los desaparecidos. En nombre de la U. R. S. S., Molotov y Wichinski respondían que los oficiales fueron libertados para que se incorporaran a los regimientos de sus compatriotas. Pero, ¿cómo, dónde, cuándo y ante quién y por quién? La imprecisión es arma de precisión en el viejo arsenal de argucias de los soviets. Concebimos nosotros el paraíso como orden diáfano en las jerarquías, y el infierno como confusión.

Los soviets invierten los términos y piden a la confusión la ventura posible. Engañan con la verdad e informan exactamente con la impostura. Este es juego para el que poseen virtuosidad, que es virtud y contravirtud a un tiempo. El general Sikorski, en diálogo con Stalin el 3 de diciembre de 1941, indagó de nuevo noticias sobre la suerte de los militares de Polonia. Se avino Stalin a que se le entregase una lista de 3.345 nombres y apellidos de oficiales. "Fueron, según se dijo, libertados, y eso es todo", contestó desde su mariscalía el despota. Todo y lo contrario de todo son una entidad y la misma allí. Pero sigamos oyendo un instante a los senadores y diputados de Polonia:

"En el mes de abril de 1943, las autoridades alemanas informaron que en el bosque cerca de Katyn, en la región de Smolensk, se habían descubierto gran número de tumbas que contenían 12.000 cadáveres de oficiales polacos. Unos centenares entre ellos pudieron ser identificados. Al confrontar sus apellidos, se comprobó que los oficiales eran los mismos de Starobielski, Kozielski y Ostrazzkow. Como es sabido, las autoridades alemanas acusaron de este crimen al Gobierno soviético."

Fué designada por la U. R. S. S. una Comisión para que se investigase lo sucedido, y de ella recibía poco después un informe inequívocamente equívoco. La política allí, como la gran escultura entre nosotros, crea la forma, por lo que quita más que por lo que pone.

Según ese informe, el jefe ruso del campo de concentración, el comandante del N. K. W. O., señor Wictosinkow; el subjefe del movimiento ferroviario del distrito occidental de Smolensk y el ingeniero Ivanow, declaraban que "los oficiales

prisioneros de guerra no fueron evacuados por falta de tiempo cuando los campos de concentración caían en poder del ejército alemán”.

Ya se ve, en el modo solapado de confundir con el arma precisa de la imprecisión, adónde se va. Se va a que otros testigos, que eran y son y serán, porque eso es irreparable, súbditos moscovitas, atribuyan el crimen a soldados del Reich. Y es el coronel Prokovsky quien insiste en la imputación, que llega hasta el Tribunal Internacional de Nuremberg.

Pero el libro “Recuerdos de Starobielski”, del oficial polaco Czapski, superviviente —el único— del cautiverio de la U. R. S. S., gracias al armisticio Stalin-Sikorski de 1941, o a pesar de él, está ahí y recusa inapelablemente la falacia moscovita. Sabemos por este libro que en los tres campos perecieron ocho generales, trescientos coroneles, quinientos comandantes, dos mil quinientos capitanes y cinco mil tenientes y alféreces. Entre los prisioneros civiles desaparecidos se cuentan el doctor Stefanowski, el ex subsecretario del Ministerio de Higiene doctor Wroczynski y no pocos hombres de ciencia, además de profesores ilustres. De los campos de concentración alemanes en Rusia, de que habla Rudenko estos días, seis están en el Extremo Oriente y seis dentro del Círculo Polar Ártico. Los lugares de emplazamiento declaran por sí lo que nosotros llamamos.

Recojamos del libro de Czapski la conclusión siguiente: “Durante el año de la formación del ejército polaco de la U. R. S. S. —1942— afluyen a nosotros polacos jóvenes y viejos desde los confines más alejados de la Rusia soviética: de Komi, de las islas Nueva Zembla de Yorkuta, de Nolsk, de Kolyma o de la frontera china, pero ninguno llega.”

En el seno de Polonia la grandeza trágica está presente. Está también la aptitud casi milagrosa para transfigurarse y recomenzar. No hay apenas en la nación hermanos enemigos y sí, como siempre, hermanos de armas y hermanos por el espíritu, que hace de cada hogar un santuario y regenera cuanto toca.

Por encima de los partidos, el alma ardiente de Polonia reordena su ímpetu y conoce de nuevo el vigor y la esperanza. Se respira allí con avidez en medio de la angustia el am-

biente de los grandes días nacionales y religiosos. Los retratos de Polonia, con ser diversos, captan por igual esta aptitud invencible.

El Gobierno actual de Varsovia, el de Bierut, que se ha llamado antes que Bierut, Krasnodevski y también Bienkowski y luego Rutkowski y además Blekut, y que con esta pluralidad de estados civiles es súbdito de la U. R. S. S., no es un Gobierno polaco. No puede serlo si se nutre con un Matuszewski, que ha luchado contra su patria; un Nola Zymierski, expulsado del ejército, y un Rzymowski, expulsado de la Academia Polaca de Literatura; un Radkiewicz, ex agente de la G. P. U...

Pero los Gobiernos pasan y las naciones quedan, y Polonia, con su sino de grandeza trágica, va, como sea, hacia el mañana, y se transfigura y recomienza porque las fuerzas del alma le asisten. Por el martirio se encamina a la gloria, y nuestro respeto la sigue.

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES EN LA O. N. U.

Leerán los hijos de nuestros hijos, si no los nietos de nuestros nietos, en los almanaques del año 2000, entre las efemérides, esta que sigue: "18 de abril de 1946. En el Palacio de Ariana, de Ginebra, quinientos delegados, que representan a cuarenta naciones, asisten a la disolución de la Liga de las Naciones." Antes han leído: "5 de abril de 1617. Muerte del matemático escocés Juan Neper (o Nepier), inventor de los logaritmos"; 7 de abril de 1798: "La Convención acuerda unificar pesos y medidas sobre la base del sistema decimal." Después del 8, el tedio les dejará todavía leer: "22 de abril de 1369. Aubriot, preboste de los mercaderes, encargado de construir la Bastilla, coloca la primera piedra." Retrocedamos nosotros al 1946, y concretamente a Ginebra, sede de la Liga que muere para reencarnar en la O. N. U. Cuarenta naciones, en efecto, participaron en las honras fúnebres de la Sociedad. Hambro, noruego, las presidía, y es él quien dijo que la O. N. U., al suceder al viejo arcópagó, lo continúa.

Entre la Asamblea de los adioses últimos, la XXI, y la an-

terior, la XX, a cuya apertura se procedía muy a fines del 1939, han transcurrido seis años. Los gobiernos de Londres y de París habían roto ya las hostilidades con el Reich.

Iban a caer millones de combatientes en la guerra más estéril de la Historia. Este presagio heló en diciembre del 39 la fe de los asambleístas, ya exhausta y sin latido. En enero de 1940 eran miembros de la Liga: Afghanistan, Albania, Argentina, Australia, Bélgica, Bolivia, Bulgaria, Canadá, Chile, China, Colombia, Cuba, Dinamarca, la República Dominicana, Egipto, Ecuador, España, Estonia, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Haití, Hungría, la India, el Irán, Irlanda, Letonia, Liberia, Lituania, Luxemburgo, Méjico, Noruega, Nueva Zelanda, Panamá, Países Bajos, Perú, Portugal, Rumania, Suecia, Suiza, Tailandia, Turquía, Unión Sudafricana, Uruguay, Venezuela y Yugoosslavia.

No eran miembros, porque, siéndolo, habían salido: Alemania (1926-1935), Brasil (1920-1925), Costa Rica (1920-1927), Guatemala (1920-1938), Honduras (1920-1938), Italia (1920-1939), Japón (1920-1935), Nicaragua (1920-1933), Paraguay (1920-1927), Salvador (1920-1939).

La U. R. S. S., miembro desde 1934, fué excluida el 14 de diciembre de 1939. Al desaparecer como naciones soberanas, se desprendieron de la Sociedad: Etiopía en 1936, Austria en 1938, Checoeslovaquia y Polonia en 1939.

Los nombres, empero, de estos Estados, no siendo el de Austria, figuraban en las listas de la entidad. Habían notificado su retirada Chile y Venezuela en 1938, y Hungría, Albania, Perú y España en 1939.

Fué creada la Sociedad por el Pacto de 1919. La planeó el primero el presidente Wilson y fué apoyada aquí en Europa por las Asociaciones de ex combatientes. El último de los 14 puntos decía: "Deberá constituirse, en virtud de acuerdos específicos, una Liga General de las Naciones, cuya misión sería la de dar a los grandes como a los pequeños Estados garantías de independencia política y de integridad territorial."

Para mantener su designio, se entregó puritanamente Wilson a la propaganda. Hemos repudiado siempre la gangosidad del cuáquero; pero la virtud, allí donde brille nos desar-

ma. "Más males que bienes nos ha traído la guerra, decía el presidente, y entre los males un gran disturbio a las almas."

Supo Wilson someter y domar su desorden y redescubrir las reglas de un comportamiento que parecía abolido. La razón y la edad le sosegaron, como de Agrícola escribía egregiamente Tácito, luego de seguir su estela de gloria: "Mox mitigavit ratio et aetas." Hasta en la cordura guardó el presidente la medida, "ex sapientia modum", y cuatro lustros después se lo tenemos presente. El 30 de diciembre de 1918 afirmaba en Manchester: "Desde el alba de la historia de la libertad comenzaron los hombres a hablar de sus derechos. Cientos de años han tenido que transcurrir para que aprendan que el elemento esencial del Derecho es el Deber. Hagamos —proponía— del Pacto de la Sociedad de las Naciones la piedra angular de la paz. Y la Sociedad se hizo para que admitiese en su seno todo Estado, Dominio o Colonia que se gobierne libremente."

Prometían los fundadores, por el artículo 8.º, reducir los armamentos nacionales; por el 10.º, "mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política presente de todos los miembros de la Liga"; por el 12.º, someter toda diferencia "o al procedimiento del arbitraje o al examen del Consejo", y no recurrir a la guerra sino "tres meses después de la sentencia de los árbitros o del dictamen del Consejo"; por el 16.º aceptar que "si uno de los miembros de la Liga recurre a las armas, se estima, *ipso facto*, que ha cometido un acto de guerra contra los otros miembros de la Sociedad. Estos se comprometen a romper en el acto con el transgresor toda suerte de relaciones comerciales y financieras, y a prohibir todo intercambio entre sus nacionales y los del Estado disidente"; por el 22.º, reconocer "los mandatos que se creen bajo los auspicios de la Sociedad"; por el 23.º, asegurar para el trabajo un régimen "equitativo y humano", como también contribuir a "la libertad de las comunicaciones y del tránsito"; y por el 25.º, "ir mitigando el sufrimiento en el mundo". Los políticos de la gran especie parten del pecado original y gobiernan para seres de arcilla corruptible. Si hay algo que no se parece a una balsa de aceite navegada por ángeles, es el mundo.

Utopistas no han faltado, con todo, nunca, y los de hoy, como los de ayer, redactan en las nubes un boletín de victoria sobre las tinieblas. Los antepenúltimos utopistas (nunca se darán los últimos, ni aun los penúltimos) fueron los fundadores de la Sociedad de las Naciones y reencarnan ahora en la O. N. U. Eran los países signatarios del Tratado de Versalles —los veintisiete—, menos la gran República norteamericana.

El Imperio británico figuró entre los veintisiete como Gran Bretaña y como Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Africa del Sur y la India.

Los órganos de la Sociedad fueron, o constitucionales, como la Asamblea, el Consejo y el Secretariado, o técnicos, como los concernientes a la organización del trabajo y las diversas Comisiones: la económica y financiera, la de higiene, la de cooperación intelectual —Instituto desde 1925—, la de minorías, la de mandato, la de comunicaciones, la de expertos en estadísticas y otras más.

La de cooperación intelectual —Instituto—, fundada en París, se esforzó noblemente en coligar instituciones universitarias y bibliográficas. Es nuestro el aforismo: “Hay la ciudad que gravita, que es la que se desvive para vivir, y la ciudad que cuelga del cielo, que es la que vive para desvivirse.” Es nuestro también el que proclama que las inteligencias, como las lunas de miel de los príncipes, deben supeditarse a la razón de Estado.

Lloverán objeciones y preguntas como la que sigue: ¿Es que hombres de pluma, “clerics”, van a ser apelotonados a toque de corneta en el patio de armas de la ciudad de Dios? Esta leva, que la cleroatura intelectual teme como un infortunio, no pasa para nosotros de contratiempo. Un sudafricano escribía en elogio del Instituto: “El futuro de la Sociedad de Naciones depende de la formación de una conciencia universal.” Esto que, dicho así, les parece a algunos la evidencia misma, es para nosotros impenetrable. Aquello del caos de las ideas claras conserva su sentido. Pensamientos como ese del sudafricano acompañaban también a la Organización del Trabajo, con la “Conferencia” y con la Oficina Internacional, que ha sido el órgano de enlace y de estudios sobre la materia.

Los principios generales que la guían quedan en muchos Tratados. Véanse dos o tres: "El trabajo no es una mercancía ni un artículo de comercio." Otro: "Que el salario asegure a los trabajadores un nivel de vida conveniente." Otro: "Logremos la jornada de ocho horas o la semana de cuarenta y ocho y el reposo hebdomadario de veinticuatro como mínimo, preferentemente en domingo."

En el preámbulo de la parte XIII del Tratado de Versalles, se lee: "La Sociedad de las Naciones tiene por objeto establecer la paz en el mundo, paz que no puede ser fundada más que sobre la base de la justicia social. Existen condiciones de trabajo que implican la injusticia, la miseria y las privaciones." La organización agrupaba mil cuatrocientos millones de hombres, o sea los de cuatro quintos del mundo.

El Tribunal Permanente de Justicia de La Haya era una de las instituciones de la Liga. ¿Era o es? La O. N. U. resolverá; mas, en tanto, admitimos que era. Cada Estado, luego de consultar al Tribunal Supremo —al más alto— y a las Facultades de Derecho, presentaba cuatro candidatos, y de ellos dos de su nacionalidad. De las listas, la Asamblea y el Consejo, separadamente, elegían once jueces para nueve años. En un asunto dado, países a los que afecte, aunque no se hallen representados, se les faculta para designar cada uno un juez. Los Estados Unidos, aunque apartados de la Sociedad de las Naciones, se adhirieron al estatuto del Tribunal Permanente.

De esferas y de órdenes distintos son la justicia internacional, con su sede en La Haya, y la justicia económica, con su sede no sabemos dónde. No añadamos que la justicia es dama estelar que no baja a la tierra más que una vez cada siglo.

El hombre no es perfecto pero concibe la perfección; no es tampoco justo pero quiere que la equidad venga al orden temporal, que si no es trasunto del divino no es orden. La justicia ha encontrado entre nosotros un culto más accendrado que en La Haya. Es aquí donde el Padre Vitoria enseñó: "Si el rey declarase la guerra a nuestro padre, con justo título no podríamos ayudar a nuestro padre, pero si fuese injustamente sí podríamos." Y también: "Escandalizarse de lo bueno es propio de los fariseos." Ni el hambre ni la sed de

justicia nos son ajenos. Compartimos, por tanto, el deseo de que esta virtud excelsa reine en la medida de lo posible. Si elige por sede La Haya, bien está; si elige, como elegía en los primeros momentos del Padre Vitoria, Salamanca, mejor que mejor.

De la obra de la Liga de las Naciones, minorías europeas o plebiscitos o arbitrajes en los pleitos fronterizos o ayuda económica a algunos territorios (Austria, Hungría, Grecia, Bulgaria, Armenia) o mandatos coloniales, intervención en casos de inundaciones, hambres o epidemias, hemos hablado muchas veces, y esta reiteración de ayer es la que ahora nos exime.

En 1920, en plebiscito ordenado, la Sociedad dió el Slesvig del Sur a Alemania, con quien litigaban por este territorio los daneses, como días después los distritos de Allenstein y de Marienwerder, en los confines de la Prusia oriental y Polonia, a Prusia, y en octubre del 20 también la cuenca de Klagenfurt a Austria contra los yugoeslavos. Dió en arbitrajes a Finlandia la isla de Aland contra Suecia, como a Lituania el puerto de Klaipeda (Memel), erigida después en ciudad autónoma y puerto internacional (8 de mayo de 1924). Tres años después falló que Wilno, ocupada por un ejército polaco, fuera para Polonia, pese a un cierto irredentismo lituano, con algunas particiones, como la de Alta Silesia en dos (se la disputaban polacos y alemanes), y la de Silesia de Teschen, entre Checoslovaquia y Polonia, aseguró, aunque por breve plazo, la paz europea. Intervino la Sociedad para pacificar a los litigantes en los asuntos Eupen y Malmedy, Carelia, Rodope, Mosul, Teschen, Javorina, Demir Kapur, Banato, Sanjak de Alejandreta, Tacna y Arica, Corfú y otros muchos. Con menos fortuna actuó en desacuerdos americanos, como en los de Leticia y el Chaco, y con sino adverso en los conflictos chino-japonés e italo-etíope. Japón, en 1935, e Italia, en 1939, abandonaron la Liga. Con bienandanzas y con reveses se ha tejido siempre la historia. Si a la muerte de la Sociedad de las Naciones sigue la resurrección, será con los mismos númenes y no con otros hombres. Y éstos, a su vez, renacerán con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. Ni desesperemos por nuestra parte, ni esperemos demasiado.

GRECIA, LAS ELECCIONES, DAMASKINOS
Y EL RETORNO DE JORGE II

Rectificado el censo, Grecia acudió a las urnas para votar libremente. Los electores allí suman, si los datos que tenemos no yerran, un millón novecientos ochenta y dos mil. De ellos, un cuarenta por cien se abstuvo de emitir su sufragio. Han triunfado los populistas, con los que irán al Parlamento representantes de la Unión Política Nacional y liberales del ex primer ministro Sófulis. Otras naciones votaron también, pero no lealmente, sino con lista única, como la Yugoslavia de Tito y Bulgaria. Rumania anuncia elecciones, pero Moscú les coarta o les enerva el deseo de convocarlas.

Las cifras oficiales del escrutinio en Grecia informan que los populistas obtuvieron quinientos setenta y cinco mil votos; el bloque del Centro, doscientos cuatro mil, y el partido de Zervas, cincuenta y dos mil seiscientos noventa y siete. Los electores de izquierdas, que se retrajeron de los comicios por razones políticas, dan escasamente el dieciocho por ciento.

Los que faltan hasta cuarenta, número de los abstenidos, se inhibían por tibieza o por cortedad de ánimo. Los candidatos triunfantes lo serían, aunque la totalidad del censo hubiese votado. El Gobierno de Atenas es, como se sabe, un Gobierno de coalición entre los populistas y los del Bloque del Centro. Será el que convoque al plebiscito que decida el retorno del rey Jorge, a quien las discordias civiles han deterrado de sus lares.

Ha vivido mucho lejos de su patria, que es el solar de los suyos en tres generaciones. En 1945 se cumplía justamente el centenario del nacimiento de su abuelo Guillermo, príncipe de Dinamarca, de la casa Slesvig Holstein e hijo de rey danés. Aceptó Guillermo la corona de Grecia, que le fué ofrecida por la Asamblea Nacional en virtud del protocolo firmado en Londres en junio de 1863 por las Potencias protectoras: Francia, Inglaterra y Rusia. Durante medio siglo rigió el danés con el nombre de Jorge I —griego ya— los destinos de Grecia, para morir asesinado en Salónica en 1913. Su hijo, Constantino I, le sucedió en el trono y tuvo durante la gran guerra, por

el ultimátum de 1917, que alejarse del territorio helénico con el príncipe Jorge, luego de designar para la corona a su hijo segundo Alejandro.

Al morir, muy joven aun, este soberano, un plebiscito griego en diciembre de 1920 autorizó el regreso de Constantino I a Grecia, donde en 1922 abdicaba en favor del príncipe real.

Dos años después fué proclamada la República, y la ausencia de Jorge II duró hasta noviembre de 1935, en que otro plebiscito le devolvía a Atenas.

La memoria del lector retiene los acontecimientos que han turbado a Grecia. Un tercer plebiscito dentro de unos meses extraerá otra vez del destierro al rey Jorge.

El regente Damaskinos, al constituirse el Gobierno reciente, dimitió. Jorge II le pidió que continuara todavía en la jefatura del Estado, y el arzobispo se avino a no cesar en la regencia. Compartía el deseo del soberano ausente el ministro inglés de Asuntos Exteriores, Bevin.

Ciento setenta diputados, sin esperar al plebiscito, elevaron un mensaje al rey con el ruego de que volviese. La impaciencia de estos parlamentarios movió a Kannelopoulos y a Sófoles Venizelos, jefes de partidos centristas a anunciar su dimisión.

Otro jefe de grupo coligado, Papandreu, apaciguó a los ministros, y la concordia reina de nuevo. El Gobierno de Londres ha indicado desde Atenas que para el retorno del rey no sería prudente quemar etapas. A Pulitzas, que preside el Gabinete, el fervor dinástico no le deja esperar como Londres quisiera, y en el Parlamento, los impacientes no son esos ciento sesenta, sino muchos más. Dos episodios fácilmente vaticinables para fecha inmediata son: la retirada de Damaskinos y la vuelta de Jorge II.

La enemistad de Moscú es, para la Grecia que resurge, menos pujante que la amistad de Londres y de Washington. Un acorazado norteamericano de cuarenta y cinco mil toneladas en las costas de Grecia y en las de Turquía es gran señal. Si Grecia reanuda destinos, *καλα πολὸ καλά* (kala, policala), "bien, muy bien"; si Londres y Washington apoyan, *χαίρω πολὸ* (cheiro poli), "tanto mejor".

LOS DEBATES DE LA O. N. U. SOBRE ESPAÑA
Y OTROS DEBATES

Ha logrado el Consejo de Seguridad en la O. N. U. en sus debates de Nueva York más claridad y más altura que en los debates de Londres. Dos cuestiones han sido elucidadas: la una concerniente a Persia, la otra concerniente a España.

La primera quedó casi dirimida con el convenio entre Teherán y Moscú. En él se establece a la letra esto que los ex litigantes enuncian así: "Terminará en el plazo de mes y medio la evacuación por las unidades del ejército ruso iniciada el día 24 de marzo de 1946. Se ha ajustado un acuerdo sobre la formación de una compañía petrolífera soviético-persa. Lo estudiará el Parlamento persa en el plazo de siete meses a partir del 24 de marzo.

En cuanto al pleito del Azerbaiyán conviene, por tratarse de un asunto interior de Persia, encontrar una fórmula para emprender reformas dentro de las leyes vigentes entre el Gobierno y los habitantes de esa región, a los que se considera con espíritu de alta amistad."

No un persa, pero sí un japonés, el príncipe Konoye, cuyo humor es tan oblicuo como sus ojos, decía: "Yo no prohíbo a la noche, los eclipses de luna ni a vosotros, compatriotas, vuestras disensiones. Sabed, sin embargo, que la diplomacia rusa pesca aquí en río revuelto. ¿Que hagamos allí nosotros lo que ellos hacen aquí? Nos ganan en astucia y desde luego en mala fe. Ceban para nosotros peces gordos, pero los hacen solubles en el agua. En la diplomacia no se llega a más."

De viento soluble en el viento es esa nota ruso-persa con invocaciones a la alta amistad. Pero menos consistente que la nota eran las declaraciones del portavoz del Gobierno persa: "Mantén el Gobierno imperial las mejores relaciones con la Gran Bretaña y con los Estados Unidos. Excelentes son también desde ahora las que mantiene con su gran vecino del Norte, la Unión Soviética. Contribuye así a la paz internacional y confía en que los Gobiernos amigos de Persia lo reconozcan." Después del convenio ruso-persa, el Irán dió por retiradas sus peticiones al Consejo de Seguridad. Advertía, eso-

sí, al retirarlas, que las presentaría nuevamente si Rusia, antes del 6 de mayo, no ha procedido a evacuar el territorio ocupado.

Cuando el representante de la U. R. S. S. solicitó, a su vez, en Nueva York, que el litigio quedase no aplazado, sino borrado, Sttetinius tuvo que replicar a Gromyko: "No hay razones válidas para anular una resolución del día 4 de abril. Ese día, como hoy, se abrigaba la certidumbre de que Rusia evacuaría para el 6 de mayo el territorio que ocupa en Persia." Lo evacuará, sin duda, pero la resolución adoptada no por eso queda sin efecto. Hubo que difuminar, si no borrar del todo, la demanda persa, porque lo que urgía allí era el debate sobre la propuesta de Oscar Lange, delegado de Polonia. ¿De qué Polonia? No ciertamente de aquella cuyas generaciones y semblanzas han esclarecido los anales del mundo con centelleos de gentileza y de honra. No es la Polonia de Sobieski y de Kosciusko, que han matado a la muerte y sueñan eternidades en sus sepulcros de Cracovia. No es la de esta gran ciudad cuyos hijos tomaban su vida en alto y la daban en los campos de Ractowice y de Szezekócing. No es la de Copérnico, que en la alta noche de su observatorio de Alhenstein fué el primer organista que bajó la música de las esferas, no sin darnos por añadidura todo un sistema del universo. No es la Polonia de los tres que en pleno romanticismo, Mickiewicz, Slowascki y Kransinski, sabían ser para su patria lujo y conciencia. No, esa Polonia a la que Oscar Lange representa, no es la que amamos todos, sino otra mediatizada por la U. R. S. S., que es otra Rusia a su vez, aunque Pedro el Grande aliente en los treinta y dos mariscales recién creados. No es la Polonia a que en otro apartado de esta crónica se alude. El culto a la libertad en la Polonia de héroes y poetas es más resistente que el liberalismo al que se inclina. Allí el impulso ha precedido al nombre y ha errado generosamente. Así, después de la dinastía de sus grandes reyes, la de los Jaguellones debilitó a los reyes electivos, a los Wasa, con el "Pacta Conventa" y el "Liberum veto".

Pero por encima de estos errores hay muy pocas virtudes que los polacos no poseen. Los definía Bernard Shaw como "la nación que marcha perpetuamente en sentido contrario al de sus intereses". De la Polonia de siempre hablamos, porque

la de Lange es más bien la de nunca. En ésta no hay ni soberanía, ni jurisdicción, ni casi territorio; no hay siquiera un resto de esperanza. La tutela rusa multiplica allí los presos, los deportados a Siberia, los desvalidos, los menesterosos y los pistoletazos en la nuca; y es Lange, amigo de la U. R. S. S. antes que polaco, el que acusa al régimen actual de España, al que las naciones del Eje con sus ejércitos —así lo dijo— sostenían cuando fué instaurado. Afirmó Lange después que un especialista alemán, el doctor Bergman von Sagerstay se consagra aquí, en una fábrica que está no lejos de Ocaña, a investigaciones sobre energía atómica. A esta imputación, que parece una extravagancia, seguirán otras, que son también cuantos marseleses para contados allí donde la segunda copa haga hervir tartarinescamente los sesos. Pretendía el subpolaco injerto en lapón, en ruteno o en kalmuco: 1.º, que el Gobierno de Franco facilitó a los nazis bases submarinas y bases aéreas para que atacasen las rutas marítimas de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña; 2.º, que desde estaciones de radio instaladas en territorio español se transmitían instrucciones a barcos y a aviones del Reich; 3.º, que las actividades del Consejo de la Hispanidad eran adversas a los Estados Unidos; 4.º, que con la movilización de fuerzas en el Marruecos español se premeditaba obstruir y aun frustrar las operaciones militares de los aliados en el Norte de Africa; 5.º, que España estimuló (Lange no gradúa ni atenúa) el ataque de los militares nipones al Puerto de las Perlas. El llamado problema de España es de ayer y de hoy, y será de mañana si el Consejo de Seguridad de la O. N. U. no lo impide; 6.º, España renutre sus guarniciones de la frontera y fortifica, conminatoriamente para Francia, los Pirineos; 7.º, un ejército español de ochocientos mil hombres es un riesgo para la paz; 8.º, ¿pero hay 8.º?, sí, y 9.º y claro está que décimo, y, pues los hay, Lange propone que el Consejo de Seguridad, en uso de facultades que le confieren los artículos 39 y 41 de la Carta fundamental, pida a los miembros de las Naciones Unidas que suspendan las relaciones que mantienen aún con el Gobierno del General Franco. En debates como los del Consejo de Seguridad de la O. N. U., las razones en formación de

combate pueden no tener razón, como la razón estar desasistida de razones.

El delegado de Francia, M. Bonnet, con razones precarísimas y sin sombra de razón, se atuvo al compromiso de apoyar la propuesta del de Varsovia. Con menos elementos todavía que M. Bonnet, el representante de Méjico, Sr. Castillo Nájera, supuso que el régimen al que España se mantiene fiel es un peligro para la paz; no se abstuvo el mejicano de recomendar la ruptura con la patria de Hernán Cortés, padre de Méjico.

Van Klefens, delegado holandés, intervino para impugnar las imputaciones de Lange, que no reposan en testimonios verídicos. La paz de Europa no se turbará aunque el régimen que Franco encarna perdure. No es lícito entrometerse en la vida privada de una nación que crea sus instituciones y las funda en un pasado genuino. Una ingerencia en nombre de ideales abstractos es simplemente un allanamiento. Con él podría desatarse la guerra civil, que nadie en España quiere de nuevo. No la provoquemos, aconsejó después del representante de Holanda, el de los Estados Unidos, Sttetinius. Queremos, añadió, que las Naciones Unidas, dentro siempre de los principios de la Carta, o España por sí, logren restablecer un Gobierno democrático. No aprobamos que un deseo tan razonable se traduzca por excitaciones a la discordia o al disturbio en la sociedad española.

Más severo que Sttetinius se mostró Sir Alexander Cadogan, delegado de la Gran Bretaña. La figura de este diplomático es quizá la preeminente en la Asamblea. Largamente ha servido este caballero inglés, no tan sólo a su nación sino también a su época. Algo más que estrategia de ardid es la diplomacia, y lo supo, ¡y cuán clarivamente!, Cadogan en sus misiones en Constantinopla, en Viena, en París, en Ginebra o en China, donde fué primero ministro plenipotenciario y después embajador. Vicesecretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores desde 1936, sucedió como secretario permanente a Lord Vansitart.

En la segunda gran guerra servía denodadamente el Foreign, y acompañó a Winston Churchill en su entrevista con el entonces Presidente de los Estados Unidos, Roosevelt. Como

su padre, gobernador que fué de Irlanda y lord del Sello Privado, es Sir Alexander Cadogan hombre que en política gusta de la amplitud no menos que de la probidad. El sentido de la grandeza reside para él más allá del horizonte usado, aunque para su pueblo, como para España, ya no quede "más allá". Estuvo en la conferencia de Ottava, Casablanca y Yalta, y es uno de los redactores de la Carta del Atlántico.

Se opuso Cadogan en las sesiones de la O. N. U. a que las Naciones Unidas rompan colectivamente las relaciones con el Gobierno del General Franco. La propuesta polaca, para el diplomático de la Gran Bretaña, era inconveniente. Lange acusa sin pruebas, e ignoramos por qué constituye España un riesgo para la paz internacional. Admitía Cadogan que haya en España de cien mil a doscientos mil alemanes y con ellos gentes de las milicias de Vichy. No se niega que los haya, pero no se niegue tampoco que la cooperación de Franco con las naciones aliadas en los problemas de fondos nazis es tan irrefutable como las del Estado que más lo sea.

El Gobierno de Londres no posee una sola prueba de que científicos alemanes vivan en España y se entreguen a la invención o a la investigación del desarrollo de la energía atómica. Los alemanes que residen en España se comportan con circunspección, porque de no conducirse así serían repatriados. Sabe con certeza Sir Alexander Cadogan que ex soldados que han combatido en los frentes europeos en la última guerra había en España unos ciento cincuenta. Está asimismo seguro de que España no ha prestado asilo a delincuentes de guerra ni a políticos nazis. Esta nación, pese a la alarma de Lange, no reaviva ni reavivará confabulaciones totalitarias ni conjuras para otra guerra. (La Falange misma no pactó ni con haces victoriosos ni con el signo solar de swástica.) Lange exageró sus conjeturas o, si se prefiere, sus temores.

Reiteramos nosotros, en nuestro culto por la medida, que la hipérbole es el paraíso del vándalo. Inglaterra allegó, por medio de sus embajadores en Madrid, datos sobre la presente actividad de los sabios alemanes en España. Estos datos niegan; los de Lange afirman. Los mejores, esta vez como tantas, son los más próximos.

Aleccionan sobriamente a las asambleas internacionales las palabras con que el representante inglés terminó su discurso:

“Al Consejo de Seguridad no le han sido conferidas atribuciones para juzgar el régimen de Franco. En el de España, como en el de cualquier país, la jurisdicción interna de cada Estado es, sin disputa, la que es válida. La de cada Estado en sus pleitos propios, os digo, y ninguna más.”

A estas palabras, justas por justeza y justas por justicia, siguieron otras del delegado soviético, Gromyko. Creía el cardenal Richelieu que el idioma es la ciudadela de la intimidad de un pueblo. No hay “defensa e ilustración” de la lengua francesa que no recuerde la frase. Gromyko no salió de su baluarte comunista, circuido de fosos. En ruso hablaba y en ruso disintió de Stettinius y de Cadogan. La Carta de las Naciones Unidas, en sentir de Gromyko, no estipula la intervención, pero tampoco la prohíbe. Recordemos una frase que alguien, quizá nosotros, compuso: ¿Tienes un enemigo? ¡Bah! ¿Diez? Pocos todavía. ¿Cien? Eso marcha. ¿Mil, diez mil...? ¡Ah, si son diez mil ponlos a tus órdenes y condúcelos!... Es lo que Gromyko quiere hacer con los que le combaten, y él da para enardecerlos grandes voces de mando en ruso. Les conduce a un ataque, a lo que queda del fascismo allí o aquí. Luego Leao Velloso, brasileño, se opuso a la ruptura de relaciones diplomáticas con España. Ella malograría la investigación que urge emprender aquí para que el Consejo de Seguridad esté seriamente documentado. El Brasil, en sus comentarios al plan Dumbarton Oaks, quiso que en la Carta se inscribiese el principio de no intervención en asuntos que sean de la competencia nacional de un Estado.

Esto ocurrió —advertía Leao Velloso— antes de que conociéramos las enmiendas que fueron presentadas en San Francisco. Se atiende el Brasil a tradiciones jurídicas, que son las suyas y son también las de muchas naciones de América. Ese principio que el representante del Brasil invoca, el de la no intervención, fué votado en el Uruguay en el Congreso Panamericano de 1938. Investigúese, pues, y con lo que resulte procedase, pero que el Consejo no se inmiscuya en pleitos nacionales ni ahora ni nunca.

Que se investigue cuanto antes, aconsejó asimismo el de-

legado de Australia, Mr. Hodgson. Camberra no comparte el parecer de Londres y de Wáshington, ni tampoco el de Varsovia sobre el caso de España. Definiciones, con contorno neto, de las cuestiones que los Estados llaman internas no conoce en inglés Hodgson. No las hay en inglés ni en castellano ni en el latín de los teólogos y los juristas del Derecho de gentes. El australiano, con todo, hizo suyo el principio de que las cuestiones internas de un Estado son zona vedada para los demás. No emite una opinión polémica, pero osa un consejo que ojalá persuada a todos. Lo resumió el Sr. Hodgson así: Que una Subcomisión, constituida por cinco miembros, informe al Consejo sobre tres puntos:

1.º ¿Compete a la jurisdicción de la O. N. U., de modo esencial, el asunto de España?

2.º ¿La situación española puede dar origen a rozamientos internacionales o promover disputas que los produzcan?

3.º ¿El régimen de la España de Franco es un peligro para la paz entre las naciones?

Coinciden o concuerdan los votos que París, y Londres, y Wáshington hacen para que ese régimen se democratice, pero ¿en qué se fundan y qué es concretamente lo que saben? La propuesta polaca acoge noticias que un gobierno en la emigración elabora y luego transmite.

Urge en todo caso averiguar lo que haya de incierto ó de cierto en esa serie de conjeturas y de rumores. El Subcomité de cinco miembros indagará. Quo Ta-chai, chino, cerró los discursos el día del debate, que era justamente el día de Jueves Santo. Reanudado el tema el 29 de abril, Lange pidió: 1.º Que el 31 de mayo sea la fecha límite para el informe del Subcomité. 2.º Que se incluya en el acuerdo una condenación moral del régimen de Franco. Lange es así, y no cesará, con lo que la Polonia de siempre nada sale perdiendo, y la Polonia de nunca tampoco.

Gromyko, al volver a la carga, dijo más o menos: "Con la moción que el Consejo de Seguridad ha querido que prospere, da de nuevo largas al asunto de España. La Delegación soviética se abstendrá, desde luego, de votar esa fórmula. No ejerce su derecho de veto, pero se aparta de los usos en que el Consejo incurre."

Después de unas frases de Rafael de la Colina, delegado de México, la moción, con las enmiendas polacas, que Hasluck, que sustituye a Hodgson, ausente, se avino a tolerar, fué votada (1) por diez votos. Gromyko se abstuvo y se fué.

* * *

El Consejo de Seguridad de la O. N. U. infiere a España otro agravio. Porque la moción, con las enmiendas aceptadas, y aun sin enmiendas, lo es. En la actitud de España ante el ruido insidioso de los debates, la amargura cede el paso a la ira, como la ira después al hastío. Y en eso se está ante los once como ante los cincuenta y uno si se desmandan en el trato. Se está en el puro hastío, pero sin sombra de temor ni de remordimientos. España, fiel a una de sus divisas, "ni miente ni se arrepiente".

DOS REUNIONES IMPORTANTES EN LONDRES Y PARÍS

El mundo, luego de asistir a las deliberaciones del Consejo de Seguridad de la O. N. U., asiste a las de dos Conferencias más: a la de primeros ministros de los Dominios británicos en Londres y a la de Ministros de Asuntos Exteriores de los "cuatro grandes" y Francia. A los ministros de los Dominios del "British Commonwealth" acompañan en la reunión los altos jefes militares de la Gran Bretaña. La "Comunidad de Naciones" es un Estado unitario o una Liga de las siete partes del Imperio, con el mismo derecho en la política exterior. Orden oficial: Gran Bretaña (en la que se incluyen Irlanda del Norte, Terranova, colonias, protectorados y países protegidos), Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Unión Sudafricana, Estado Libre de Irlanda y las Indias. En la estructura del Imperio son, según la frase de Disraeli, treinta y dos mil piezas las que se articulan. Ni una tan sólo ha saltado en

(1) La subcomisión quedó constituida con los representantes de Austria, Brasil, China, Francia y Polonia.

las conmociones de la guerra. Al saber político, tanto como a la fuerza, que es uno de los dones del Santo Espíritu, debe Inglaterra esta unidad, nunca igualada.

La guerra ha mermado apenas en el Imperio los treinta millones doscientos ochenta mil kilómetros cuadrados de extensión territorial, y los ciento dos millones setecientos sesenta y cinco mil habitantes. De cuatro zonas fundamentales en la Carta del mundo, que ha sido la de la guerra universal en cinco continentes, tratarán los primeros ministros, entre los que se sienta m^{rs} Bevin, que es el hombre del Foreign Office en el momento presente. Las zonas son: el Mediterráneo, el Oriente Medio, el Asia Sudoriental y el Pacífico. Hacia las dos primeras tiende, con sigilosa astucia, su mirada la Unión Soviética. El Imperio, ante la codicia de Moscú, que antes que a Stalin agitó a los zares de Rusia, no cederá. En el Pacífico, Australia y Nueva Zelanda proponen bases comunes con los Estados Unidos para evitar agresiones como la del Japón en el Puerto de las Perlas. Las deliberaciones han empezado cuando este número se cierra, y esperar es preciso.

Simultáneamente a la reunión de Londres plantea sus problemas la de París. Proyectaban los cinco ministros de Asuntos Exteriores que están en Francia con sus cortejos (el de Rusia es numerosísimo) estudiar los asuntos siguientes: 1.º, los tratados de paz con cinco naciones vencidas: Italia, Rumania, Hungría —nación satélite por el instante—, Bulgaria y Finlandia; 2.º, cuestiones territoriales europeas y destino de las colonias que fueron de Italia, y de ciudades que este Estado anexionó por presuntamente irredentas; 3.º, internacionalización de algunas vías fluviales, como el Rhin, el Danubio y otras; 4.º, coordinación de políticas aliadas; 5.º, retirada de las fuerzas de ocupación en Persia; 6.º, problemas del Extremo Oriente.

Renunciemos, pues que el espacio falta, a las conjeturas, porque además se nos echan ya encima las resoluciones. El Señor ilumine a cuantos deliberan y nos aclare el juicio también y nos asista a todos.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.